

NARRATIVA DE JOEL FLORES

Joel Flores

EL AMOR NOS DIO COCODRILOS

Zam y yo queríamos una casa con amplios ventanales, con vista a un jardín grande, en el que se pudieran sembrar tulipanes, colgar un columpio de un árbol y poner juegos infantiles. Lo que conseguí fue una casa pequeña con cochera, un jardín, muebles y una cocina con estufa de encendido electrónico. Compré un televisor, un estéreo que tocara las composiciones de Vivaldi a nuestro primer hijo, y conseguí lámparas de luz blanca para iluminar las habitaciones y el estudio.

Ella quería una niña y que se llamara Naora. Pintó una recámara de color rosa, con muñecas rusas por todas partes. Adornó la cuna con encajes y lino. La alfombró de ranas de caricatura. Puso en el techo estrellas de plástico que brillan en la oscuridad y compró vestidos con listones a la cintura, diademas y moños para el cabello.

Yo quería que fuera niño y se llamara Yoili. Compré una mochila, una gorrita para el sol, un guante de béisbol, un triciclo rojo, camisetas de los Muppets y decoré otra recámara con súper héroes. Le pinté un globo aerostático, un sol y una luna en el techo. Decoré el piso con una alfombra de Superman y a la cuna le mandé bordar el dragón blanco de *Historia sin fin*. Cuando creciera le regalaría libros de ciencia ficción para que dibujara a los personajes que habitan en esas historias.

Hicimos de la casa un castillo para niños. Al terminar de adornarlo, nos sentamos para descansar y preguntarnos: ¿qué irá a ser el futuro miembro de la familia?; ¿niña o niño?; ¿se llamará Naora o Yoili?; ¿le gustará estar conmigo en el estudio aprendiendo a leer y a escribir?; ¿preferirá aprender números, álgebra y raíz cuadrada con Zam?

—Lo mejor será un hombrecito —le dije a Zam—, un niño para comprarle un cachorro de chihuahueño que lo acompañe al jardín para que juntos se balanceen en el columpio. Cuando no estemos, la mascota le hará compañía.

Pero Zam amaba a las niñas, quería un pequeño toque femenino en la casa:

—Me gustaría más ver dibujos de muñecas, colores rosas, cabellos largos peinados por un peine de carey y un oso grande en lugar del chihuahueño.

Cerca del otoño visitamos al ginecólogo para realizar las pruebas de embarazo. Pasaron pocos días y regresamos al hospital. Zam estaba nerviosa. A mí muchas preguntas me llenaban. Subimos al carro y hacía mucho aire en las calles; de los árboles caían hojas secas y ramas. El viento nos trasladó hasta el hospital como si el vehículo fuera una bolsa de plástico.

Entramos a la clínica. Caminamos intranquilos por maternidad. Cerca de la sección de pediatría Zam se mostró insegura. Traté de agarrarle la mano, pero corrió por los pasillos como si fuera una niña, que en momentos volteaba para animarme y sonreírme. Imaginé que la cigüeña nos estaba esperando en el consultorio del ginecólogo y que de su pico colgaría un bebé envuelto en una sábana. Zam volteaba a todas partes, volvió a dejarme atrás y entró al consultorio médico.

Me quedé esperando en el área de las incubadoras, donde reposan esos pequeños seres que aún no abren los ojos. Los miré unos minutos. ¿Qué eran esas criaturitas dormidas en esas camas térmicas? ¿Cuerpos indefensos y frágiles? ¿Réplicas de adultos en miniatura? ¿La debilidad del ser humano?

Tomé la perilla de la puerta del consultorio. Escuché la voz quebrada de Zam. Me llegó un

miedo desconocido. Crucé la puerta y encontré a Zam llorando. Le estreché la mano al doctor y abracé a mi compañera; se encontraba sentada en una silla, tenía las manos cubriendo su rostro.

—Es verdad —dijo el ginecólogo—, ustedes no pueden tener hijos. ¿Ha tenido usted un aborto quirúrgico?

Hubo un silencio. Zam lo rompió:

—Sí. Hace varios años.

El aborto de Zam sucedió en los años de la preparatoria. Ella me ocultó que el bebé era mío. De manera solitaria se dirigió a una clínica clandestina y pagó la intervención con el dinero que había estado horrando para pagarse la universidad. Nos distanciamos un tiempo, ella lo pidió. En las clases se la veía pálida y demacrada. Bajó de peso y perdió ánimo. Comenzó a verme con reticencia cada vez que platicábamos y cuanto más le preguntaba por qué su cambio de actitud, más se alejaba de mí. Pensé que estaba saliendo con otra persona. Y nunca, en realidad, pasó por mi cabeza la idea de un posible aborto. Duramos separados tres años, sin saber nada el uno del otro. Una tarde me buscó y pidió que volviéramos. Pero jamás aclaramos el motivo de su distanciamiento.

Aún en el consultorio, el médico prometió ayudarnos:

—Tenemos que trabajar en resolver el problema. Tendrá que venir a consultas cada fin de semana para seguir el tratamiento.

Trazó un calendario en unas hojas. Nos informó sobre cuánto tiempo debería someterse Zam al tratamiento. Después nos marchamos de la clínica. Yo estaba confundido: todo era mi culpa. Intenté cavar en el pasado. Cavar entre esa desazón que alteraba el presente. Cavé sin encontrar salida, sin encontrar respuestas.

—Soy yo quien hizo que no funcionara.

—No estaba en ti detener mis decisiones —aclaró Zam—. Si te hubiera dicho que estaba embarazada, ¿qué hubieras hecho tú, un estudiante con los pies lejos de la tierra? Dime, ¿hubiéramos vivido juntos por compromiso?, ¿por responsabilidad? ¿Crees que yo te seguiría viendo tal cómo te veo ahora?

Seguimos caminando rumbo al carro. No hallaba qué responderle ni que aconsejarle. Necesitaba pensar. Pero pensar es sólo una manera de corregir imaginariamente el pasado, de posponer las soluciones. Cualquiera hubiera actuado así al tener el tiempo encima. Entre más hubiera tardado, más hubiera crecido el feto en sus entrañas. Era una lucha contra tiempo y la moral. Una lucha que nos marcaría de por vida.

—Hay que seguir las instrucciones del médico. Quizá haciendo otro intento formemos una familia como deseamos.

Subimos al auto y llevé a Zam a dar un paseo. Sus lágrimas no cesaron. Detuve el carro en el estacionamiento de un zoológico e intenté consolarla. Evitó que la cubriera con mis brazos;

mantenía las manos en su vientre, lo apretaba. Me miró y el llanto anunció la derrota. Una derrota definitiva.

Un silencio molesto viró en nuestro entorno.

Bajé del coche. La tomé de su mano para dirigirnos al zoológico. Pensé que podía distraerse viendo animales. Limpié sus lágrimas con mi índice y nos dirigimos a un lago donde nadaban crías de cocodrilo. No veía gente cerca, aún así me aseguré de que nadie me vigilara, y saqué del agua a uno de los reptilillos con cuidado. Lo tendí a las manos de Zam como un obsequio. Ella lo llevó a sus labios para besarlo y acariciarlo con la suavidad de su rostro, como si acabara de encontrar un hijo perdido.

—No puedo —dijo al regresar el pequeño cocodrilo al agua—. No se sentirá bien con nosotros.

No la contradije.

—Vámonos —agregó tomándome del brazo—. Se hace noche.

Zam comenzó el tratamiento médico. Le encontraron cáncer en la matriz. Un cáncer que mataba nuestro deseo de traer un bebé al mundo. Nos sentimos vencidos por la enfermedad. Ella aseguraba que cambiaría el rumbo de nuestro futuro. Quizás una separación; no quería que la viera sufrir cuando se sometiera al yugo de las quimioterapias.

El castillo era demasiado grande para nosotros y Zam perdió la esperanza de que algún día se ocuparan aquellas recámaras decoradas con tanto esmero. La depresión y la soledad terminaron con ella. Una noche la encontré tirada en el suelo del cuarto. En una de sus manos tenía un botecillo de Citalopram. La llevé al hospital y la internaron casi una semana. La alta dosis de su automedicación le había provocado un terrible problema gástrico y consecuencias irreversibles.

Zam duró tiempo en reposo. Pero por las noches se levantaba de la cama porque escuchaba el llanto de un niño. Se acercaba a la cuna y decía algo cariñoso en voz baja, como si el calor de un bebé estuviera en sus brazos. Cuando iba por ella para llevarla a descansar, la descubría arrullando una almohada. Por las mañanas se despertaba temprano para ir al patio porque creía oír los pedaleos y el rechinado de un triciclo.

Zam aborrecía hablar de los recién nacidos y del embarazo con sus amigas; las corría de casa a gritos si tocaban el tema. Perdió peso. Diario se veía pálida y su apetito disminuyó. Comenzó a quemar la ropa y los regalos. Una noche la sorprendí destrozando a patadas la cuna, enardecida por el llanto y el coraje. Intenté platicar con ella y me ignoró.

Yo pasaba mucho tiempo en el estudio pensando en una solución. No podía dormir bien por el miedo a que Zam buscara suicidarse nuevamente. Caminaba de un lado a otro, desesperado.

Cierto día, el médico me habló por teléfono para citarme en la clínica. Acudí a su llamada y me reuní con él. Dentro de su consultorio le conté todo lo sucedido. Me pidió que le tuviera paciencia a Zam y prosiguió:

—He notado una actitud apocada en su esposa cuando viene a terapia, su conducta me llamó mucho la atención. Le platicué este problema a una sicoterapeuta amiga mía; discutimos un tiempo sobre la enfermedad, y se ofreció a ayudarme. Piensa que el cáncer tuvo un origen sicosomático: quizás el aborto creó un trauma. “Lo podemos descubrir con exámenes de tomografía computarizada”, explicó mi amiga. El examen es un mapeo cerebral; revisarán las delgadas capas que cubren la corteza del cerebro de su esposa.

—¿Cuándo empezamos?

—Antes de la quimioterapia.

Le hablé a Zam sobre el examen médico, cuándo comenzaría y su duración. Me observó un instante, dijo que no quería más experimentos. Pedí hacer un intento más antes de entrar a las radiaciones. La convencí y durante una semana asistió con puntualidad a las agotadoras sesiones de su sicoterapeuta.

La abulia reinó en la casa. No dieron con el trauma de Zam. Tampoco le equilibraron el ánimo. Y ella siempre estaba cansada. Lapsos de tedio hacían que riñéramos y se desataran

episodios intolerables para ambos. Detalles baladíes la fueron convirtiendo en una huraña. Se me agotó la paciencia. Había dos opciones: acobardarnos o seguir enfrentando el cáncer con ayuda médica. Pero entregarse al cáncer era un refugio para Zam.

Una tarde, después de la comida, se dirigió a la habitación para dormir un rato. Yo recordé el lago del zoológico donde vivían los pequeños cocodrilos. Recordé la cara de mi chica. Su cara sonrojada y feliz que puso cuando deposité los reptiles en sus manos. Dieron las diez de la noche y Zam seguía durmiendo. Sin importarme lo que pudiera pasar, salí de casa. Encendí el carro y conduje hacia el zoológico. El lugar se encontraba cerrado. Al bajarme del vehículo el viento comenzó a soplar; enfrió mi rostro. Me acomodé el saco y fragüé un plan para entrar al refugio de cocodrilos sin ser descubierto. Caminé hacia una de las bardas. La trepé con torpeza y caí al otro lado. No se veía que alguien vigilara. Espere unos momentos y después me dirigí hasta el lago. No fue fácil capturar el cocodrilo.

Llegué a casa tan rápido como sopla el viento y desperté a Zam:

—Ya tenemos un niño, ayúdame con él.

Entre confusión y nervios lo aceptamos como nuestro primer hijo. Zam le dio un beso y el animal bostezó. No había crecido mucho desde que lo conocimos. Ella lo sostuvo entre sus brazos y lo llevó con ella a dormir.

La primera semana fue la más hermosa de todos nuestros días. El pequeño cocodrilo dio sus primeros pasos en la alfombra del castillo y jugaba con un patito de hule. Tratamos de ponerle las camisas, los vestidos, la gorra y las diademas. Pero aún no eran de su talla. Zam solucionó esto con facilidad: recortó la punta de un calcetín en círculo y se lo puso al cocodrilo de batita. Lo bautizamos con el nombre de Julio. Ya había crecido, podía andar en triciclo, pasear, columpiarse y correr en el pequeño jardín.

Gracias a esto Zam recobró brío. Mientras yo leía en el estudio, ella le enseñaba a sumar, a restar y a manejar las tablas numéricas para que un día fuera un buen contador.

Nos preocupó que nuestro Julio jugara de manera solitaria. Era hora de que tuviera una mascota. Le compré un cachorro de chihuahueño. Pero el gusto nos duró poco. Al llegar a casa con el perrito, Julio lo agarró del cuello con sus colmillos y se lo trozó. Zam descargó su coraje y tristeza en el cocodrilo: le puso una sarta de nalgadas y lo hizo llorar. Tomé al cachorro muerto, lo metí a una caja para enterrarlo en el patio, mientras nuestro hijo se dirigía triste a su habitación.

Desde ese episodio el carácter del pequeño Julio cambió. Hizo más destrozos. Masticó las llantas del triciclo, los mecates del columpio y el guante de béisbol hasta dejarlos inservibles. Rompió la mesa del comedor y la alfombra de su alcoba. Su tamaño aumentó sin que nos diéramos cuenta. Algunas veces deseamos deshacernos de él, sobre todo cuando se nos acercaba

feroz, luego de haberlo reprendido, enseñando sus colmillos, fijando su vista en nosotros como si fuéramos su presa.

Con el tiempo lo quise enseñar a leer algunas obras sobre cocodrilos y animales destacados en la literatura. Pero su ineptitud me impacientó. Al ponerle los libros frente a él, los jaloneaba con el hocico hasta hacerlos pedazos. Quizá no teníamos los mismos gustos literarios.

Zam siguió con el tratamiento médico y el sicoterapéutico. Descubrieron un posible embarazo y que el cáncer había desaparecido. En los últimos análisis las pruebas salieron positivas. El ginecólogo nos citó nuevamente en la clínica. Recibimos con agrado la sorpresa. Julio se encerró en su recámara al saberlo, salía de ella sólo para comer. Le pregunté a Zam qué iba a pasar ahora, cómo íbamos a educar a estos dos hijos tan diferentes.

—Como hermanos —contestó enfatizando lo estúpido de mi pregunta.

Los siguientes días estuvimos ocupados. Mientras yo reparaba los destrozos que causaba Julio, Zam se la pasaba tejiendo suetercitos y bufandas para nuestro futuro hijo. Le dejamos de poner atención a nuestro cocodrilo; si no hacía travesuras, se la pasaba encerrado en su cuarto, dormido entre las ropas sucias. Cuando entrábamos a verlo o a ponerle comida, nos dábamos cuenta de que, por el desorden de su recámara, un sicólogo lo tacharía de demente. Algo que nos había hecho felices pasaba a ser un objeto desplazado y molesto.

Contratamos una niñera que se encargara de él. Al entrar a la casa fue enganchada por los enormes colmillos de nuestro ya no tan pequeño hijo. Perdió una pierna, un brazo y más tarde la vida; y nosotros perdimos la esperanza de poder lidiar con él. Enterramos a la niñera en el jardín, al lado del chihuahueño.

Zam decidió abandonar a Julio lejos de casa, a las orillas de la ciudad. Pero al llegar allí, recibió la sorpresa más tierna. Julio dijo sus primeras palabras: “¿A dónde vamos mami?”. Zam se conmovió tanto que volvieron a casa. Meses después Julio no paraba de decir: “Mami. ¿A dónde vamos? Te quiero. Papá es malo”, entre otras palabras mal pronunciadas.

Aunque Zam estaba ocupada por el embarazo, le dedicó tiempo al cocodrilo. Le arregló el columpio, le compró una patineta para borrar la pérdida del triciclo, y una alberca inflable para bañarse en el jardín. La casa apestaba a humedad por las escamas viejas de Julio. Encerrarme en el estudio y leer más de lo acostumbrado fue mi refugio.

Pronto extrañé las caricias y atenciones de Zam. Pero cada vez que salía de mi guarida y trataba de besarla, Julio me enfrentaba con unos ojos amenazadores, el hocico y los colmillos por delante. El maldito animal se la pasaba todo el tiempo con mi Zam. Se dormían juntos, se bañaban juntos, iban de compras juntos. No me invitaban cuando salían a comer. Ahora era a mí a quien llevaban la comida. Ahora era yo quien sobraba en el castillo.

Cierta noche Zam tocó la puerta de mi estudio. Se veía débil. Nuevamente había ido a esa clínica clandestina para someterse a un doctor y al filo de sus utensilios. Sus manos sostenían un cilindro de cristal con los restos de nuestro hijo dentro. Explicó que no era necesario tener un bebé más: “Con Julito tenemos toda la felicidad del mundo en casa, es el hijo perfecto”. Volví al estudio, con un fuerte dolor de estómago. Me dieron ganas de vomitar. Cerré la puerta para planear cómo desaparecer al cocodrilo. No podía seguir aguantando las decisiones que tomaba Zam sin consultarme. El coraje me impulsaba, en esos instantes, a amarrar con una soga a Julio y sacarlo de la casa. Arrastrarlo por todas las calles de la ciudad.

Por la tarde del día siguiente Zam salió de casa sin previo aviso. Dejé al animal durmiendo. Espié por algunos minutos el sueño del cocodrilo. Roncaba como si supiera que estaba frente a él y se mofara de mi desgracia. Lo cubrí con mantas. Fui al sótano y extraje un galón de gasolina.

Rocié todo el castillo de combustible: los pasillos, la sala, las recámaras y mi estudio. Después fui a donde dormía Julio; su sueño era profundo. Lo empapé cuidadosamente. Amarré su hocico y las patas a la cabecera de su cama, meditando en que prefería quemarlo antes de que me provocara más odio. Dejé un camino de combustible desde su cuerpo hasta la puerta principal. Ya en la calle, observé con tristeza el castillo que construimos con la esperanza de forjar una familia. La felicidad absoluta. Di un suspiro como quien lo hace para olvidar toda la

maldad que lo atosiga. Un suspiro hondo, acompañado de una relativa paz. Arranqué un fósforo de la tira de cartón. Lo encendí y lo aventé a la puerta de la casa.

La combustión fue rápida. Se escuchó el crujir de las maderas. Un zumbido se apoderó de la atmósfera. En las entrañas del fuego se encontraba lo que había enloquecido a mi Zam. Se escapó el humo por las ventanas y las puertas. Los vidrios tronaron por el calor. Un calor que calaba hasta las cavidades de mi cuerpo. El castillo se derrumbó y dentro, muy dentro, el cocodrilo sufría.

LOS QUE SOBREVIVEN

Estaba por apagar la luz de cuando sonó el teléfono. Levanté la bocina y escuché la voz ronca de mi padre. Quería saber por qué había desaparecido el baño de la casa.

“¿estás seguro, papá?”

Mamá le arrebató el aparato:

“Antonio, discúlpame por llamar tan tarde. Por más que le insistí a tu padre que no te hablara no me hizo caso. Lleva más de una hora en la sala diciendo que el baño ha desaparecido. Hasta ha querido orinar en nuestra habitación...”

“¿cómo? No entiendo”

“hace dos semanas decía que un hombre nos vigilaba desde la ventana. Después que yo no era su esposa. Ahora me sale con que el baño no está”

La voz de mi padre la interrumpió:

“no pienso dormirme hasta que sepa dónde...”

Oí que se peleaban por el teléfono. Quizá el aparato cayó al suelo, siguieron más palabras y lo desconectaron.

Me dirigí a la sala. Mi padre ya no me alarmaba tanto como antes. Mamá siempre quiere justificar el comportamiento de papá con argumentos que sólo evaden su dolor. Dice que tanto medicamento que le dieron en el hospital le hizo mal. Pronto se arrepiente. Se muerde los labios. Cambia de tema y a los pocos minutos vuelve a lo mismo, que el hambre y los golpes que le hicieron pasar los de la Compañía lo dejaron tonto. Llora. Piensa que es mejor internarlo en el psiquiátrico. Se arrepiente. No se atreve a seguir sola el camino. Mis padres son dos personas viejas. Sus hijos, Norma y yo, ya tenemos nuestras vidas aparte. Llevan más de cuarenta años casados, son abuelos. Han presenciado juntos varios mundiales de fútbol, la entrada y salida de algunos presidentes y sobrevivieron al terremoto del 85 y disfrutaron de las olimpiadas, mi boda con Rosario y el nacimiento de su nieta.

Puse café y agua en la cafetera. Rosario y la niña se habían ido con su familia. Sentado en el sillón esperé a que sonara nuevamente el teléfono. A mi padre lo secuestró la Compañía dos días antes de sus bodas de oro. Había ido a la Av. Obregón a comprarle un vestido a mamá. No le pidió a nadie que lo acompañara porque pensó que no necesitaría ayuda. Si digo nadie me refiero a mí. Mi hermana Norma se casó con Rolando, un tijuaneño que pronto se la llevó a Tucson. Sabemos que tienen un niño de ocho años de edad, que viven muy bien y que pronto tendrán otro hijo. Nos llaman por teléfono tres veces al mes y nos mandan fotografías.

Secuestraron a papá no porque tuviésemos mucho dinero. No somos una familia importante. Le tocó la mala suerte de presenciar el rapto de la esposa de un famoso empresario afuera del supermercado. Mi madre dice que por andar junto a otros de figón esa tarde papá no regresó a casa. Tampoco estuvo en la cena que les preparamos Rosario y yo por sus bodas de oro. No llegó a dormir y tuvo a mi madre con el Jesús en la boca toda la noche. Llamamos a familiares y a amigos. Fui a buscarlo al billar que solía frecuentar.

Por la mañana del día siguiente la Compañía llamó a casa para avisarnos que si no pagábamos los 120 mil pesos que exigían por su liberación, nos lo entregarían despedazado, en una bolsa de basura. Tuvimos que vender dos terrenos que Rosario y yo habíamos comprado a las afuera de la ciudad. Vendí mi carro y el de mi madre y les pedí un préstamo a varios amigos del trabajo. No quise enterar a Norma. ¿Qué podría hacer ella estando allá? Sólo preocuparse y llamarnos por teléfono para ver cómo seguían las cosas.

La Compañía subió la cifra después de que conseguí el dinero. En una de las tantas llamadas telefónicas que nos hicieron, intenté negociar con la voz desconocida. Le dije que no podía juntar más. Pero la voz me dijo que si no tenía para la próxima semana 200 mil pesos, le cortarían una mano y nos la mandarían como prueba de que no se andaban con medias tintas. Después se darían a la tarea de secuestrar a alguien más de la familia. Sabían que mi hija tenía

ochos años, que estudiaba en el Colegio Villa de Guadalupe. También me dieron santo y seña de Rosario: la hora en que salía de casa para dejar a la nena en la escuela y la hora en que iba al mandado o visitaba a su familia. No querrán que nos carguemos a tus putitas, añadió y me colgó el teléfono.

Miré la figura de mi rostro en la pantalla del televisor. Después el reloj de pared. Era medianoche. El timbre del teléfono sonó de nuevo. Dudé en contestarlo. Seguro eran mis padres. ¿Quién más podría ser? Creo que esto ya lo había dicho, soy el único que está cerca de ellos. Norma no llegó a enterarse nunca de lo sucedido. No creo decírselo. A mi madre se lo tengo prohibido. ¿Para qué avisarle? ¿En qué nos puede ayudar si ni siquiera ha venido a visitarnos desde que se casó?

Atendí la llamada.

“Antonio, no me vayas a colgar. El baño ha desaparecido. Quiero que me ayudes a encontrarlo. Ven a casa ahora mismo...”

Regresé a la cafetera. Saqué una taza del mueble de la cocina. Me serví café y me asomé por la ventana. Estaba helando afuera. Qué digo helando. El cielo estaba cubriendo la ciudad de hielo. No cabe duda que a muchos les encanta que nieve. Felices pueden subir a los riscos y jugar a hacer figuras o a aventarse los copos de hielo. En la radio habían pronosticado fuertes

fríos, una nevada de dos o más días y recomendaron no salir de casa. Ya no sabía qué decirle a mi padre para evitarle sus alucinaciones. Ni siquiera tenía en mente un nuevo consuelo para darle aliento a mamá. La nieve caía del cielo como preguntas que no esperan respuestas o no existen respuestas para contestarlas.

Cuando por fin la Compañía se portó accesible conmigo, me citó en un restaurante para entregarle el dinero. ¿Pensé en avisar a la policía? La Compañía me lo había prohibido desde un principio. Aparte, ¿quién nos asegura que unos y otros no son los mismos?

“será una operación sencilla”, me dijo la voz por teléfono. “Sólo tiene que sentarse en la primera mesa del lado derecho del restaurante y esperar allí hasta que pasemos por el dinero”

Tenía sin dormir las semanas que mi padre había estado desaparecido. Cualquier luz me provocaba dolor de cabeza. Mamá estaba peor. No paraba de llorar; se imaginaba que en cualquier momento llamarían a la puerta y afuera encontraríamos algo que nos haría sentir culpables toda la vida.

En el restaurante le ordené a la mesera una taza de té de limón. Si tomaba café no dejaría de temblar. Quería mostrarme sereno ante quien mandara la Compañía. Durante media hora me bebí seis tazas de infusión. No dejé de estar al pendiente de la entrada y de pensar en que cualquiera que la cruzaba, fuera hombre o mujer, era quien me había citado. Nadie llegaba. El

tiempo marchaba lento y yo hacía bolas de papel con las servilletas, las metía en la taza y las volvía a sacar. Tenía muchas ganas de ir al baño, pero no me levanté de la silla.

Después de una hora entró un hombre que vestía un traje negro y camisa blanca. Caminó tranquilamente a mi mesa. Se sentó frente a mí y la camarera le preguntó qué deseaba ordenar. Cuando la mujer lo llamó por el apellido, la sangre me dejó de circular. El tipo era el mismo empresario que le habían secuestrado a la esposa junto a mi padre. Pidió una rebanada de pastel de nuez y un café con leche. Me saludó de mano y me dijo:

“no es lo que usted está pensando, señor. Yo también soy víctima de ellos y aún tienen a mi esposa. No sé por qué lo están haciendo así...”

“yo tampoco entiendo. A mí sólo me dijeron que le entregara el dinero a quien viniera por él”

“entonces démelo que me están esperando”

“¿dónde está mi padre? ¿Quién me lo va a entregar? Yo no le voy a dar nada si no me entregan a mi padre”

“no, no, relájese. Se van a poner más cabrones si usted se muestra así”

Se llevó una mano a la bolsa del saco, extrajo una llave y me la dejó encima de la mesa.

“¿eso para qué?”

“es la llave de la casa donde está su padre. Me ordenaron que se la entregara”

“¿dónde está la casa?”

“no sé, a mí sólo me dijeron que siguiera estas instrucciones si quiero volver a ver a mi esposa”

“¿quién jodidos me va a decir dónde está mi padre?”

Los comensales se nos quedaron mirando. La mesera también.

“le digo que se relaje o a los dos nos va a cargar la chingada”, dijo el empresario sacando un papel arrugado de su saco, “mire, ésta es la dirección, me dijeron que es aquí mismo en el centro de la ciudad”

“¿está seguro?”

“a mí sólo me dieron estas dos cosas y fue lo que me ordenaron decirle”

Caminé a mi cuarto. Sobre la cama estaba mi abrigo y una camisa. En la mesa del tocador descubrí que a Rosario se le habían olvidado los pendientes. Pensé en llamarla. Pedirle disculpas por el comportamiento que he estado teniendo estos días. Mejor cogí de una manga el abrigo. Rosario dice que me he hecho muy malhumorado desde que hipotecamos la casa para pagar la otra parte que nos exigió la Compañía. También dice que la niña lo nota todo. No supe si ponerme la camisa, el abrigo. Dudé en salir. Tenía que enfrentar la nieve, el viento helado, caminar hasta mis padres. Me aventé a la cama. Me quedé con la mirada fija en el techo. Desde niño me ha gustado

encontrar imágenes concretas en donde hay círculos y cuadrados imperfectos o a veces rostros o figuras de animales. Mis padres siempre han sido buenos conmigo. No estudié en las mejores escuelas, ni me matriculé en la universidad que siempre deseé estar. Se esforzaron en darme lo necesario para ser lo que yo soy ahora: un hombre con una esposa más que tierna y una niña que roba toda mi alma. Mis padres siempre han querido a Rosario como a una hija. Ni hablar de su nieta; se desviven por ella.

Dejé la cama. Me abrigué. Saqué las botas del cuarto de la ropa. Y en la cocina me bebí otro café.

Después de que le entregué al empresario el dinero, entré al baño. Oriné mucho. Luego salí para pagar la cuenta y abandonar el restaurante. Alcancé a ver que el empresario se subía a una camioneta Durango color vino. Dio marcha quien la conducía. Esperó a que pasara un camión de la Ruta Catorce, salió detrás de él y se perdió al final de la avenida. A bordo de un taxi, le di al chofer la dirección que tenía en el papel y le pedí que me llevara allí. El taxista me condujo hasta una zona residencial cercana. Se estacionó afuera de una casa color verde quemado, de techo estilo California y puertas de madera. Me dijo que estábamos en el sitio. Le pagué rápido con el primer billete que saqué de mi pantalón y preguntó si quería que me esperara. Bajé del carro. Me detuve frente a la puerta de la casa y con la llave intenté abrirla. La puerta se abrió con tan

sólo un empujón. Adentro había una sala vacía que comunicaba con tres habitaciones más. Su olor a madera añeja me causó asco. Las ventanas clausuradas con periódicos hacían de la casa un ataúd. Pensé que quizá había alguien de la Compañía esperándome y que en el primer descuido me sorprendería. Apechugué y caminé a la primera habitación. Había una mesa y unas sillas de plástico. También había platos con comida podrida y papeles tirados. Escuché sollozos. Grité el nombre de mi padre. Y los sollozos se hicieron más desesperados.

La casa de mis padres está a dos manzanas de la mía. El único vehículo que logramos conservar con nosotros se lo llevó Rosario. Caminando solía hacer menos de diez minutos. Si caía nieve en la ciudad ¿para qué necesitaba el carro? Tendría que revisar que no le faltara anticongelante. Cerré mi casa con llave. Sentí caer en mi rostro el hielo. Me subí el cuello del abrigo y conforme caminaba mis pies se hundían en la nieve y la nariz y orejas comenzaban a helarse. Pasé por la casa de los Jáuregui y los Moya. Miré las luces que decoraban sus techos y los arreglos navideños en las protecciones de las ventanas y en los árboles de su jardín.

Antes de llamar al timbre, escuché discutir a mis padres. Se veían las sombras de sus cuerpos por la ventana de su habitación. Soné el timbre y papá no tardó en bajar las escaleras y en abrirme la puerta. Asomó su cabeza calva y su rostro surcado por los años. Estaba cubierto por una sábana su cuerpo esmirriado. Pasé a la sala. Me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

Mamá bajó corriendo con ropa en sus manos. Lo sentó en el sillón. Mientras se esforzaba en ponerle el pantalón, comenzó:

“no deja de decir lo mismo. Lo he llevado varias veces al baño para que se dé cuenta, pero es necio”

“te digo que no está mi baño y hazme caso, mujer. A ver, Antonio, revisa tú”

La luz del baño de los invitados estaba encendida y la puerta emparejada. Una toalla blanca colgaba de la cerradura. Los miré. Mamá seguía batallando en ponerle el pantalón; mi viejo no quería meter las piernas.

“¿que no te has dado cuenta de que nos robaron el baño?”

Mi madre se llevó el índice a la boca. Le pidió que guardara silencio.

Yo le ayudé a vestirlo. Después le cogí de la mano para que se pusiera en pie. Lo conduje al baño para hacerle ver que estaba todo como siempre. Aunque la verdad no fuera esa sino otra: papá ha bajado veinte kilos, ha cambiado su carisma por el humor de un hombre viejo y decaído; y Rosario cada vez soporta menos mis corajes, y la nena, maldita sea, la nena nos ha visto más de una vez discutir por dinero.

Abrí la puerta del baño y le dije:

“mira, allí está el lavamanos, la taza del baño y el cancel se encuentran en su sitio. Todo sigue limpio y nadie se lo ha llevado”

“por favor, hijo, no me salgas con que tú tampoco me crees”

Miró el tope de la puerta. Su cara arrugada se mostró como si estuviera enfrente de un desfiladero y temiera despeñarse.

Volteé hacia donde estaba mamá. Se le estaban saliendo las lágrimas. Se disculpó conmigo y no entendí. ¿Qué tenía que perdonarle a mi madre si ella me había dado la vida? Después volvió a lo mismo: “De seguro tantas pastillas lo tienen así”. Tomó el teléfono para llamar al médico. Se lo impedí con un ademán. Papá seguía mirando la entrada del baño. Movía la quijada como si estuviera masticando manzana.

“vámonos a la cama, yo me encargo de recuperar tu baño. Te prometo que mañana volverá a estar donde siempre”

Mamá le ordenó lo mismo y se le quebró la voz. Lo agarré de su brazo y caminamos a las escaleras y a la habitación. Recosté a mis padres en su cama. Me pidieron que me quedara a dormir; en las calles el frío podía hacerse más duro y yo andaba muy desprotegido. Les dije que no porque Rosario volvería al día siguiente. Aunque esa no era la verdad. Después apagué la luz de la habitación. Revisé que los dos estuvieran bien cubiertos por las mantas. Les besé la frente y les prometí que cuidaría sus sueños hasta que fuera un nuevo día.